

la carne viva y hablando casi con tartamudeo. Algo había en su voz de enronquecido y sus labios estaban casi negros, como si hubiesen pasado por el fuego. Á la hora en que se esperaba al supuesto ladrón, se halló el mequetrefe en el andén del ferrocarril, apostando á que el obrero había desaparecido antes de que llegasen á él los mensajeros enviados, y que no se le vería más.

Tenia razón el mequetrefe. Los agentes volvieron solos. Había salido la carta de Raquel, y ésta fué reclamada en correos, y Esteban se había largado al punto. No se sabía más. No cabía duda para el espíritu de los cokeburgueses : se preguntaban éstos si Raquel había escrito realmente á Esteban para que viniese, ó si le avisó para que se escapase. Las opiniones estaban divididas sobre el particular.

Transcurrieron seis y siete dias, y comenzó de nuevo otra semana. El miserable mequetrefe volvió á mostrarse á la gente con ánimo triste, desafiándola.

— ¡Ah! ¿Que aquel sospechoso individuo no era quizá el ladrón verdadero? ¡Bonita suposición, á fe mía! ¿Dónde, pues, se encontraba y por qué no volvía?

¿Dónde se hallaba? ¿Por qué no volvía? En medio de la noche sombría, el eco de estas

mismas palabras, que de día lanzara á diestra y siniestra, volvieron á resonar, á falta de Esteban, en el oído de Tom hasta el siguiente día.

CAPÍTULO XXXIII

POR FIN, SE LE ENCUENTRA

Transcurrieron un día y una noche, luego otro y otra, sin que compareciera Esteban Blackpool. ¿Dónde se hallaba y por qué no venía?

Sissy iba cada noche á casa de Raquel, sentándose á su lado, en la limpia habitación. Raquel trabajaba durante el día á más no poder, como acostumbra esa gente, á despecho de sus inquietudes. Poco se interesaban las culebras de humo en si alguien huía ó era arrestado, fuese un culpable ó un inocente : á despecho de lo que sucediere, no se apartaban de su existencia rutinaria ni los elefantes atacados de melancolía ni los partidarios de los hechos positivos. Pasaron un día y una noche, luego otro y otra, sin que nada nuevo fuese á interrumpir la monotonía cokeburguesa. La desaparición de Esteban Blackpool cobraba el aspecto de todas las cosas de Cokeville, convirtiéndose en un hecho

tan monótono como la maquinaria de cualquier manufactura.

— Apostaría — dijo Raquel — á que no hay en la ciudad veinte personas que crean en la inocencia de ese pobre muchacho.

Las dos jóvenes se hallaban sentadas en aquel cuarto, que sólo iluminaba el farol de la esquina de la calle. Como Sissy fué la primera en llegar, al anoecer, para aguardar á que la obrera regresara de su trabajo, la halló Raquel junto á la ventana, donde permanecieron luego las dos, pues no necesitaban de otra luz para esclarecer su triste plática.

— Si por desgracia no hubiese yo podido hablar con V. todas las noches — dijo Raquel — creo á veces que hubiera perdido el ánimo. Pero V. me devuelve la esperanza y el valor. ¿Verdad que está V. convencida, á pesar de las apariencias contrarias, de que logrará Esteban disculparse?

— Lo creo, Raquel — respondió Sissy — lo creo de todo corazón. Estoy tan convencida de ello, Raquel, que la confianza con que rechaza V. toda desanimación no debe engañarla, puesto que participo también de ella : no dudo de él, como si lo hubiera conocido durante el tiempo que V. le ha tratado.

— Y yo, querida mía, — dijo Raquel, con voz

temblorosa, — que le he visto durante tantos años, siempre resignado y fiel para lo bueno y probo, aunque no supiera nada de él y tuviera que aguardarle cien años, diría en mi último suspiro : « ¡Dios conoce mi corazón; y sabe que no he dejado nunca de tener confianza en Esteban Blackpool! »

— En casa todos estamos convencidos, Raquel, de que tarde ó temprano se reconocerá su inocencia.

— Estoy cada vez más persuadida de ello, querida mía — dijo Raquel — y veo lo buena que es V. en dejar la casa, para venir expuesto á consolarme, haciéndome compañía y exhibiéndose conmigo, cuando yo misma no dejo de estar libre de sospechas; por lo que cada vez más lamento las palabras de desconfianza que diriji á la joven señora. Y, sin embargo...

— Ya no desconfía V. de ella, ahora, ¿verdad, Raquel?

— No, desde que V. me la hace ver con frecuencia. Pero no puedo evitar...

Hablaba en voz tan baja, como si lo hiciera para consigo misma, que Sissy, á pesar de hallarse junto á ella, tuvo que prestar mucha atención.

— No puedo menos de desconfiar de alguien. No acierto á descubrir quién sea, ni có-

mo ni por qué se obrara así; mas temo que alguien haya hecho desaparecer á Esteban. Imagino que, de venir espontáneamente á disculparse ante todos, hubiera comprometido á alguien y que, para evitarlo, ese alguien lo haya contenido y hecho desaparecer.

— Es horrible pensarlo — dijo Sissy, palideciendo.

— Sí, sí; horrible es pensarlo. ¡Figúrese V. que lo hayan asesinado!

Sissy se estremeció, volviéndose aún más pálida.

— Cuando me acude semejante idea, querida mía — dijo Raquel — y ello me ocurre con frecuencia, á pesar de lo que haga para rechazarla, y para ello cuento de uno á mil, mientras trabajo, ó recito las lecciones aprendidas en mi niñez; cuando me acude semejante idea, tengo fiebre y experimento la necesidad de andar á prisa durante algunas horas. De no hacerlo así, no puedo acostarme. ¡Vea! ahora la acompañaré hasta su casa.

— Quizás, al volver, ha caído enfermo — dijo Sissy, ofreciéndola un poco de esperanza, como había hecho ya excesivamente. — En tal caso, existen en el camino muchas poblaciones en que puede haberse apeado.

— Pero no hay ninguna en que pueda ha-

llarse. Se le ha buscado por doquiera, sin dar con él.

— Es verdad — respondió Sissy, con pesadumbre.

— Para el viaje á pie, sólo necesitaba dos días. Aun cuando se le cansasen las piernas, no se hubiera detenido, pues en mi carta le envié dinero para que tomase la diligencia, en caso de que le sobrara bastante para pagar su asiento.

— Esperemos que el día de mañana nos traiga mejores nuevas... Salgamos á tomar un poco de aire, Raquel.

Arregló ella cuidadosamente el chal de Raquel, sobre los cabellos negros y lucientes de ésta, como tenía costumbre de hacer la obrera. Espléndida era la noche, y algunos pequeños grupos de « Brazos » conversaban acá y allá, en la esquina de las calles: poca gente había en ellas, pues era ya hora de cenar.

— No se halla V. tan agitada, Raquel, y su mano está menos caliente.

— No bien empiezo á andar, me pongo mejor; mas si no lo hago, se embrollan mis ideas y temo una indisposición.

— No conviene que se desanime V., Raquel; pues se la puede necesitar, de un momento á otro, para defender á Esteban. Mañana es sábado y, si no tenemos noticia alguna,

¿quiere que el domingo por la mañana salgamos al campo? Esto le dará fuerzas para la semana siguiente. ¿Le parece bien?

— Sí, querida mía.

Entraban entonces por la calle del Sr. Bounderby. Sissy, para ir á su casa, tenía que pasar por allí; se dirigieron, pues, de aquel lado. Acababa de llegar á Cokeville un tren, que hizo poner á muchos carruajes en movimiento, y los viajeros, al dispersarse, produjeron cierta emoción en la ciudad. Algunos coches las hostigaban por delante y por detrás: se paró uno de modo tan repentino enfrente de casa del Sr. Bounderby, en el momento en que Sissy y Raquel pasaban por allí, que ambas volvieron la cabeza instintivamente. Á la luz de un mechero de gas y frente á la escalera que conducía á la casa del banquero, divisaron á la Sra. Sparsit, presa de una agitación violenta, esforzándose en abrir la portezuela del carruaje; y, al ver á las dos jóvenes, la dama les gritó que se parasen:

— ¡Qué coincidencia tan extraña! — exclamó la Sra. Sparsit, no bien el cochero la sacara del apuro.

— ¡Qué coincidencia más providencial!... ¡Salga, señora! — añadió acto seguido, dirigiéndose á alguien que se hallaba dentro del

coche — ¡Salga, si no quiere que la hagamos salir á la fuerza!

Después de estas palabras, bajó del carruaje la misteriosa vieja en persona, encima de la cual puso la mano la Sra. Sparsit con apresuramiento.

— ¡Que nadie toque á esa mujer! — gritó la Sra. Sparsit, con energía — ¡Que nadie la toque! ¡Me pertenece! ¡Entre, señora! — añadió al punto, del mismo modo que le dijera antes « salga V. » — ¡Entre, señora, si no quiere que lo hagamos á la fuerza!

La vista de una matrona de aspecto clásico, á punto de asir el pescuezo de una anciana y arrastrarla á una casa, hubiera en todo tiempo despertado la curiosidad de los desocupados ingleses, que se consideran felices si pueden presenciar tales espectáculos, y les hubiera hecho invadir la casa para ver el desenlace de tal asunto; pero aumentado el atractivo de ello por la algarabía que se armara sobre el robo del banco, tan notorio y á la vez tan misterioso, era natural que los curiosos no pudiesen resistir la comezón de penetrar en la casa, aunque debiera hundirse el techo bajo sus pies. Por ello fué que el grupo reunido al azar, que se componía de unos veinticinco vecinos, de los más oficiosos, se empujó y corrió detrás de Sissy y de Raquel,

del mismo modo que éstas andaban con prisa detrás de la Sra. Sparsit y de su cautiva. Toda aquella gente se presentó, resueltamente, en el comedor del Sr. Bounderby, donde los rezagados no desperdiciaron la ocasión de subir á las sillas.

— ¡Digan al Sr. Bounderby que baje! — gritó la Sra. Sparsit. — Raquel, ¿conoce V. á esta mujer?

— Es la Sra. Pegler — dijo Raquel.

— ¡Creo que es la misma! — dijo la Sra. Sparsit, con aire de triunfo. — ¡Digan al Sr. Bounderby que baje! ¡Vamos, señores, hagan Vds. sitio!

En aquel instante la vieja Pegler, envolviéndose en el mantón y tratando de eludir las miradas, murmuró algunas palabras de súplica.

— ¡Está V. buena! — replicó la Sra. Sparsit, en alta voz. — Le he dicho ya veinte veces, durante el camino, que no la dejaría ir, sin entregarla antes á él mismo en persona.

En el interin apareció el Sr. Bounderby, acompañado del Sr. Gradgrind y del mequetrefe, con los cuales se disponía á celebrar una conferencia en el piso superior. La mirada del Sr. Bounderby manifestó un sentimiento de sorpresa, más que de hospitalidad, á la vista de los comensales, no invitados, que llenaban todo el comedor.

— ¡Veamos! ¿Qué significa esto? — preguntó — Sra. Sparsit, ¿qué significa esto?

— Caballero — comenzó diciendo la digna ama de gobierno — doy gracias á mi buena estrella por haberme deparado la ocasión de traerle aquí á una persona que busca V. desde mucho tiempo ha. Estimulada en mi deseo de sacarle del ansia que le consume, caballero, y sin otro guía que los informes vagos sobre la supuesta localidad en que moraba esta vieja (informes suministrados por esta joven obrera, Raquel, que se halla aquí felizmente, para identificar á la culpable), he tenido la suerte de conseguir, caballero, que la persona de referencia viniera conmigo... muy á pesar suyo, no hay que decirlo. No es sin grandes molestias, caballero, que he cumplido esta delicada misión; mas la cuestión era prestar á V. un servicio, y no importan las molestias: á este fin, el hambre, la sed y el frío se convierten en verdaderas satisfacciones.

Calló la Sra. Sparsit; pues leía en el semblante del Sr. Bounderby una extraña mezcla de todos los matices y diversidades del chasco y de la importunidad, no bien se ofreció á sus ojos la Sra. Pegler.

— ¡Veamos, señora! ¿Es que se burla V. de mí? — fué la contestación inesperada, aunque

vigorosa, del Sr. Bounderby. — ¿Le pregunto nuevamente, señora, si quiere V. burlarse de mí?

— ¡Señor! — exclamó la Sra. Sparsit, con voz débil.

— ¿Por qué se mete V., señora, en lo que no le importa? — mugió Bounderby. — ¿No tiene V. bastante con sus quehaceres, que ha de meter su nariz oficiosa en los de mi familia?

Esta alusión malévola al rasgopreciado de su semblante, anonadó á la Sra. Sparsit. Cayó rígida y como petrificada en su asiento; y, dirigiendo al Sr. Bounderby una mirada estupefacta, se echó á raspar lentamente y uno por uno sus mitones, que estaban petrificados como ella.

— ¡Mi querido Josué! — exclamó la Sra. Pegler, que temblaba mucho. — ¡Hijo mio querido! No debes enfadarte conmigo. No es por mi culpa, Josué. He dicho y repetido á esa señora que no te sería agradable lo que hacia, pero no ha querido escucharme.

— ¿Por qué ha dejado V. que la llevase aquí? ¿No podía arrancarle el gorro ó un diente, ó arañarla, ó hacerla cualquiera otra cosa? — preguntó Bounderby.

— ¡Querido hijo mio! Me ha amenazado con hacerme conducir aquí por los guardias, si me resistía. ¿No era mejor seguirla tranquilamente sin armar escándalo en una... (la Sra. Pe-

gler dirigió entonces una mirada tímida y á la vez satisfecha á su alrededor)... casa tan bonita? ¡Te aseguro, en verdad, que no es por mi culpa, hijo mio querido, noble y digno! He permanecido siempre quieta y discreta, Josué, querido hijo mio. No he faltado á mi promesa. Nunca he dicho á nadie que fuese tu madre. Te he admirado de lejos, y he venido de tiempo en tiempo á la ciudad, con largos intervalos, para mirarte á escondidas y con orgullo: lo he hecho siempre de incógnito, querido hijo mio, y me he marchado inmediatamente.

El Sr. Bounderby, con las manos en el bolsillo, se paseaba impaciente, aturrullado, á lo largo de la mesa del comedor, mientras que los espectadores recogían ávidamente cada sílaba de las tiernas súplicas de la Sra. Pegler y abrian, también á cada sílaba, ojos más y más asombrados. El Sr. Bounderby continuaba aun paseándose, cuando la Sra. Pegler terminó su alocución. El Sr. Gradgrind, á su vez, se dirigió en estos terminos á la vieja señora, de la que tanto mal le dijeran:

— Me extraña, señora — dijo con tono severo — que se atreva V., en sus viejos años, á reclamar como hijo suyo al Sr. Bounderby, después de los tratamientos desnaturalizados é inhumanos que le ha infligido.

— ¡Yo, desnaturalizada! — exclamó la pobre Sra. Pegler. — ¡Yo, inhumana! Y ¿para con mi querido hijo?

— ¡Su querido hijo! — repitió el Sr. Gradgrind. — Sí, sí, le es á V. muy querido, ahora que se ha hecho rico gracias á sus esfuerzos, señora, no lo dudo; pero no le era tan querido, cuando en su niñez lo abandonó V. á la borra-cha de su abuela.

— ¡Yo, abandonar á mi Josué! — exclamó la Sra. Pegler, juntando las manos. — Que Dios le perdone, caballero, esas invenciones malévolas y las calumnias que dirige contra la memoria de mi pobre madre, que era tan buena y que murió en mis brazos antes de que Josué viniera al mundo. ¡Ojalá se arrepienta V. de lo que dice, caballero, y que Dios le conceda la gracia de vivir mucho tiempo, para que llegue á mejores sentimientos!

Estaba tan seria y tan indignada que, el Sr. Gradgrind, espantado por la sospecha que acudió á su mente, le preguntó con tono más suave:

— ¿Negará V. pues, señora, que su hijo... abandonado, al nacer, por su madre, fué... recogido del arroyo?

— ¡Josué en el arroyo! — exclamó la Sra. Pegler. — ¡Cómo! ¡Caballero! ¡Nunca! ¡De- biera V. avergonzarse de lo que dice! Mi hijo

sabe bien, y puede decirselo él mismo, que nació de padres pobres, pero que le quisieron con la ternura de los más encopetados y se impusieron muchas privaciones, para enseñarle á escribir y contar debidamente, en prueba de lo cual conservo aún sus cuadernos! ¡Ah, sí, los tengo! — dijo la Sra. Pegler, con sublevado orgullo. — Mi hijo sabe bien, y él mismo puede manifestárselo, que al morir el bueno de su padre (Josué tenía entonces ocho años) la pobre viuda, como era su deber, supo también sacrificar sus gustos y orgullo, para hacerle seguir su camino y ponerle en aprendizaje. Y, si fué un buen aprendiz, halló también un buen patrón, que le ayudó á establecerse. De este modo llegó á enriquecerse, y diz que es muy rico... Debe V. saber, caballero... pues mi querido hijo no se lo dirá... que él no se ha olvidado nunca de su madre y, aunque posea ésta una tienda en un pueblo, me envía una pensión de ochocientos francos (que es más de lo que necesito, de suerte que aun ahorro algo), con la condición única de que permanezca en la aldea, de que no me alabe de ser su madre y no venga á aburrirme. Es lo que hago, aunque me llevo aquí de incógnito, para mirarle de lejos, una vez al año, sin que él lo sepa. Y tiene razón — dijo la Sra. Pegler, excusándole afectuosamente —

al desear que permanezca en mi pueblo; pues si estuviera aquí, no dejaría de cometer una infinidad de cosas inconvenientes, mientras que de este otro modo soy feliz: nadie me impide sentir el orgullo de tener un hijo como Josué, y así puedo quererle á mis anchas. Por V., caballero, me avergüenzo — dijo la Sra. Pegler, para terminar — de tales calumnias y de tales sospechas. Es la vez primera que entro aquí: no quería venir, ya que mi hijo no lo consintiera. No, por cierto, no me hubiera presentado, sino se me hubiese conducido aquí. ¡Vaya! Debiera V. avergonzarse; sí, debiera V. avergonzarse de la acusación de que he sido una mala madre, cuando mi hijo está presente aquí para desmentirlo.

Los espectadores colocados en pie sobre las sillas, así como los demás, dejaron oír un murmullo de simpatía á favor de la Sra. Pegler. El Sr. Gradgrind comprendió que había dado un paso en falso, cuando el Sr. Bounderby, que no interrumpiera su paseo y cuyo semblante se hinchara gradualmente y se volviera más y más colorado, se detuvo bruscamente.

— Á la verdad, no sé — dijo el Sr. Bounderby — por qué razón los señores aquí presentes han querido honrarme con su visita; mas no pido explicaciones: cuando se hallen Vds. satisfechos,

espero tendrán la bondad de retirarse; ó mejor será que, satisfechos ó no, se larguen Vds. cuanto antes. Me parece que esta noche no he de dar cátedra sobre mis asuntos de familia. No tengo en modo alguno ese propósito, ni lo haré. Los que aguardan explicaciones sobre este asunto quedarán defraudados en su esperanza, especialmente Tom Gradgrind, que es quien debe entenderlo así más que nadie. En cuanto al robo del banco, se ha padecido un error á propósito de mi madre. Si no se hubiese pecado por exceso de celo, ese error no se hubiera cometido y, por mi parte, repudio el exceso de celo. ¡Buenas noches!

Aunque el Sr. Bounderby tomara así la cosa y se expresara con el aplomo de costumbre, algo de corrido había en su aspecto tempestuoso, que le daba un aire deplorable y extraordinariamente ridículo. Convencido de ser un fanfarrón de humildad, de haber apoyado en mentiras su débil reputación y no haber respetado la verdad, con sus alardes jactanciosos, como si hubiera tenido la pretensión abyecta, entre las más abyectas, de atribuir su origen á una genealogía noble, desempeñaba el papel más torpe del mundo, mientras miraba por la puerta, que tenía de par en par abierta, para mayor comodidad, del modo como desfilaban aquellos visitantes

que, como él sabia, no dejarían de divulgar el incidente por toda la población; la catadura del pobre fanfarrón desconcertado no hubiera sido más ridícula, aunque le hubiesen cortado las orejas. La propia Sra. Sparsit, aunque hubiese caído de la cumbre de la alegría al cenegal de la desesperación, no se hallaba aún tan baja como aquel hombre poco ordinario, el supuesto hijo de sus obras, Josué Bounderby de Cokeville.

Raquel y Sissy, dejando que la Sra. Pegler tomara posesión de una cama en casa de su hijo, sólo por aquella noche, se dirigieron juntas hacia Pedro Loge y se separaron en la puerta. El Sr. Gradgrind las había alcanzado por el camino, habiéndoles hablado con interés de Esteban Blackpool, diciendo que la injusticia evidente de las sospechas recaídas sobre la Sra. Pegler debiera ejercer, por modo natural, una influencia favorable al obrero en el ánimo del público.

El mequetrefe, durante todo esta escena, no se separó un momento de Bounderby, á quien, por lo demás, no abandonaba desde algún tiempo. Tom creía que, mientras Bounderby no descubriera nada sobre él, nada tenía que temer. Por otra parte, no iba nunca á casa de su hermana y sólo la había visto una vez, desde que regresara, esto es, la noche en que siguió al Sr. Bounderby, como á su sombra, cual hemos ya referido.

El espíritu de Luisa abrigaba un temor sombrío y vago, del que no hablaba nunca, pero que envolvía con misterio espantoso á aquel joven perverso é ingrato. Igual pensamiento acudió á la mente de Sissy, y en la misma forma indecisa, cuando Raquel hablara de que el regreso de Blackpool podia quizá comprometer á alguien y que, por ello, lo hubiesen hecho desaparecer. Nunca dijo Luisa que sospechase de su hermano, en lo del robo, no habiéndose ella ni Sissy hecho tampoco confidencia alguna sobre el particular, de no ser por la expresión de la mirada cambiada el dia en que soñó el Sr. Gradgrind, con la cabeza gris apoyada en la mano; pero ambas se comprendían, y cada una de ellas leía en el pensamiento de la otra. Tan terrible era este nuevo temor, que se cernía en ellas como la sombra de un fantasma. No se atrevía Luisa á pensar que tal fantasma estuviera cerca de ella ó de su amiga. Lo mismo ocurría con Sissy.

Y, sin embargo, no abandonaba al mequetrefe el valor que llamara en su auxilio. Si el ladrón no es Esteban Blackpool, ¿por qué no se presenta éste? Veamos, ¿por qué no comparece?

Pasaron dos noches más y un dia, sin que Esteban Blackpool regresara. ¿Dónde, pues, se hallaba y por qué no volvía?